
Por Dónde Vienen las Actas

Joaquín Dicenta

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8171

Título: Por Dónde Vienen las Actas

Autor: Joaquín Dicenta

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 2 de febrero de 2024

Fecha de modificación: 2 de febrero de 2024

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Por Dónde Vienen las Actas

Siéntese usted, joven —le dije, mientras contemplaba con simpatía á aquel mozo franco y robusto, de mirada inteligente, de rostro enérgico y ademanes escogidos, que descubrían á tiro de maüser su naturaleza provinciana—; siéntese usted y sepa yo á que debo la honra de esta visita, y en que pueden servirle los consejos que de mí para usted reclama la respetable persona que me lo re-comienda.

—Ya sabe usted —repuso él— que tengo concluída—y aunque decirlo sea inmodestia— concluída con lucimiento mi carrera en la Universidad de X... Siempre me llevaron mis afi-ciones por el camino de la política; vengo dispuesto á dedicarme á ella y á ver si logro representar á mi país en fuerza de perseverancia y de trabajo.

—Me parece bien. Y ¿qué piensa usted hacer para conseguirlo?

—Tengo grandes proyectos —re-plicó el joven, á tiempo que su ros-tro se iluminaba con una sonrisa de esperanza y de noble orgullo. He estudiado á fondo las evolu-ciones y las necesidades políticas de mi país; conozco, en punto á econo-mía, todo lo que se ha escrito; naci-do en el pueblo, me ha sido suma-mente fácil analizar sus aspiraciones y sus tendencias, he formado un pro-grama que defenderé con inque-brantable constancia, sin olvidos ni concesiones de ninguna especie. Con estos elementos, con los que me pro-porcione el periodismo, donde pien-so exponer un día y otro mis ideas, y con la propaga'nda que haga de mis doctrinas entre aquellos mismos á quienes puedan serles beneficiosas, estoy seguro de lograr el triunfo, como lo estoy de servir fiel y honra-damente los intereses de mi patria.

—¿Conque tales son los pensa-mientos que á usted animan?

—Sí, señor.

—Usted será rico.

—No, señor.

—Pues entonces prepárese á no ser diputado nunca, ó á serlo dentro de cincuenta años, como plazo más breve.

—¡Qué dice usted!

—¡Ah, joven! —añadí, contem-plándole con verdadera lástima—; usted me ha inspirado gran simpa-tía, y quiero que su visita le resulte á usted provechosa. Con las ideas y proyectos de usted sólo se alcanza una representación; la de San Ber-nardino. Otra es la ruta que debe usted seguir, si quiere llegar al lími-te de sus deseos.

—¿Yo?

—Vamos á cuentas, y no me inte-rrumpa; ¿conoce usted á algún per-sonaje influyente?

—Sí, pero el tal no participa de mis ideas.

—¡Vaya un tropiezo...! Participe usted de las suyas y estarán acordes en seguida.

—Eso equivale á una abdicación.

—Y ¿qué es abdicar? Un verbo en moda y elegante. Los reyes lo con-jugan cada tres meses y los políticos cada tres minutos... Nada, joven, nada, es necesario echar á un lado esas pequeñeces. ¿Cómo se llama el personaje que usted conoce?

—D. Éxito. Es un animal.

—Pero un animal que ha llegado á ministro, y los animales de esta categoría se convierten en personas acreedoras á la mayor consideración. Usted debe visitar á D. Éxito; elogiar á diario sus más enormes barbaridades, como sí fuesen el límite, fin y compendio de la ciencia humana y divina; acosarle en el salón de conferencias; llamarle genio á grito pelado; quitarle las motas del gabán cuando lo lleve puesto, y ayudarle á sacar y meter las mangas cuando se lo ponga y se lo quite.

—¡Yo!

—Usted mismo, joven; usted mismo. Con eso, con dedicaile un suelto encomiástico en los periódicos cada tres días y con limpiarle las botas de vez en cuando, ya hemos adelantado la mitad del camino.

—¡Caballero, mi altivez no me permite semejantes bajezas!

—¿Ahora salimos con que tiene usted altivez? ¡Ay amigo! Con esa virtud no se va á ningún sitio, más que á uno. La altivez se guarda para más adelante, para cuando sea usted director general, pongo por caso.

—Pero...

—Déjeme usted seguir. ¿Tiene hijas D. Éxito?

—Una muy fea.

—¡Bravo...! Cultive usted el amor de esa fea como si de la mismísima Venus se tratara. Las feas dan excelentes resultados, créame usted á mí; enamore usted á la hija fea de D. Éxito, y si el padre se opone, róbelala usted.

—¡Robarla!

—Sí, señor. ¿Qué cree usted que vendrá después del robo?

—Una pareja de la Guardia civil.

—No, señor, un distrito.

—¡Pero, caballero, yo amo á otra mujer!

—Y eso qué importa. Siga usted amándola; el robar á la hija de un ministro no es lance amoroso, es una manera de conseguir el acta muy semejante á la que emplean los gobernadores de provincias para que logren el triunfo los candidatos mi-nisteriales.

—¡Oíga usted, señor mío...!

—Oígame usted primero á mí. Una vez diputado, dedíquese usted á frecuentar el trato de la mujer de cualquier otro personaje superior á D. Éxito; es medio infalible para llegar á una subsecretaría en tren ex-preso, y de subsecretario se salta á ministro con la mayor facilidad del mundo. ¡Qué demonio, joven, usted es guapo, sanguíneo, robusto...! No hay que desanimarse. Siga usted mis consejos, y crea que siguiéndolos, podrá ser lo que mejor le venga en gusto, sin afanes, sin trabajo y sin exposiciones de ninguna clase.

—¡Usted ha olvidado que yo soy un hombre de vergüenza!

—¿También eso? Pues amigo mío, siento mucho decírsele; pero con semejantes repulgos y sin una peseta, llegará usted á diputado (si llega), con permiso del sepulturero, cuando no pueda disfrutar de las ventajas materiales que el Poder proporciona, cuando haya dejado entre las zarzas del camino sus ilusiones, sus esperanzas, su vida entera. Haga usted lo que le parezca mejor, pero no olvide esta sentencia:

Para ser diputado en España va-len más, infinitamente más, que las ideas y la constancia y la firmeza y el talento, el gabán de D. Éxito, las botas de D. Éxito y la hija de don Éxito.

Puedo presentarle á usted muchos diputados que no me dejarán mentir.

Joaquín Dicenta



Joaquín Dicenta Benedicto (Calatayud, Zaragoza, 3 de febrero de 1862 - Alicante, 21 de febrero de 1917), periodista, dramaturgo del neorromanticismo, poeta y narrador naturalista español, padre del dramaturgo y poeta del mismo nombre y del actor Manuel Dicenta.

Estrenó su primer drama en 1888, gracias a la protección de Manuel Tamayo, y escribió numerosas novelas, cuentos y

piezas de teatro en prosa y verso. También escribió poesía, aún por recopilar y estudiar, y en su poema Prometeo de 1885 declaró ya su ateísmo. Tras un breve y frustrado matrimonio, la sociedad le marginó a causa de haberse unido a una mujer gitana, la bailaora andaluza Amparo de Triana, que abandonó la profesión para vivir con el altivo, independiente y pendenciero poeta. Su suerte cambió con el éxito internacional de su drama Juan José que, habiendo sido rechazado por la compañía de Ceferino Palencia y María Tubau, llegaría a ser una de las obras más representadas en España antes de la guerra civil. Así, el 11 de noviembre de 1895 recibió un homenaje de los literatos y periodistas madrileños. En 1889, Dicenta fundó con Ruperto Chapí la Sociedad de Autores, entidad precursora de la Sociedad General de Autores y Editores.